REVISTA PH87 proyectos, actuaciones y experiencias

La Fundación Escuela Taller de Bogotá: trabajar con poblaciones socialmente vulnerables

Alberto Escovar | Director General Fundación Escuela Taller de Bogotá

URL de la contribución <www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/3609>

RESUMEN

En 1992, a través del Programa de Preservación del Patrimonio de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, AECID, se decidió implementar en Colombia el Programa de Escuelas Taller. Ante la falta de oportunidades laborales, la recuperación del patrimonio cultural inmaterial vinculado a los oficios tradicionales, a través de un proceso formativo que alternaba la enseñanza teórica con la experiencia práctica, parecía ser la fórmula para volver a vincular a los jóvenes con el territorio y alejarlos de la situación de vulnerabilidad en la que se encontraban por la falta de oportunidades.

Con la creación de la Fundación Escuela Taller de Bogotá se dio un paso más, buscando la autofinanciación y la vinculación laboral de los egresados de la escuela a través de las distintas empresas que se crearon desde la FETB, cuyos propietarios son los empleados y los propios graduados en cooperativa.

Palabras clave

Artesanía | Bogotá (Colombia) | Escuela-taller | Fundación Escuela Taller de Bogotá | Juventud | Integración social | Rehabilitación arquitectónica |

Taller de cocina | fuente Fundación Escuela Taller de Bogotá, de todas las imágenes del artículo

DE LOS GREMIOS DE ARTESANOS A LAS ESCUELAS TALLER

La enseñanza de los oficios y nuestra relación con España se remontan al período colonial, cuando los conquistadores, para dar respuesta a sus nuevas necesidades, decidieron promover la llegada de artesanos provenientes no sólo de la península Ibérica sino de Flandes e incluso de Italia, que entonces formaban parte de su territorio. Así llegaron numerosos artesanos que empezaron a trabajar en sus talleres de la mano de indígenas y mestizos, y dando pie a la conformación de los primeros gremios de artesanos que participarían en la construcción de los edificios civiles, religiosos y militares, así como en su dotación y decoración (GUTIÉRREZ, 1995).

Estos gremios fueron creados con el fin de organizar la producción, controlar la formación, asegurar la calidad y buscar socialmente la protección de quienes vivían de cada oficio, que además eran muy diversos. Alrededor de la arquitectura había canteros, albañiles y carpinteros, así como pintores y escultores que a su vez podían especializarse. Por ejemplo, los escultores podían trabajar en piedra o madera y estos últimos podían ser retablistas o entalladores. Por su parte, los cabildos de cada ciudad, para controlar el trabajo de los artesanos, crearon cargos como el del alarife, que no era un oficio genérico como tradicionalmente se cree, sino un cargo municipal que era ocupado por diversos oficios para encargarse de verificar medidas, pleitos y peritajes.

El sistema de aprendizaje estaba vinculado directamente con cada gremio y sus jerarquías, aunque el nivel básico común a todos era el de aprendiz y el proceso formativo podía oscilar entre dos y seis años dependiendo del oficio. Así, un escultor podía tardar seis años mientras que un albañil o un herrero tres. La enseñanza era práctica, se daba en el taller del maestro y el aprendiz podía llegar a ser oficial, y finalmente maestro, pasando un examen ante su respectivo gremio, lo que le permitía, en caso de aprobarlo, abrir su propio taller.

Tras la Independencia (inicios del siglo XIX), los gremios de artesanos se convirtieron en una importante fuerza política que tuvo una destacada participación en los primeros años de la naciente república, pero cuya presencia se fue diluyendo, en especial con la decisión gubernamental de impulsar las importaciones sin previamente proteger y apoyar a los productores locales. Para finales del siglo XIX, por ejemplo, sólo se le otorgaba crédito a las empresas comerciales y el crecimiento industrial llevó lentamente a que muchos artesanos cerraran sus talleres y decidieran emplearse en las nuevas fábricas, participando así de la nueva clase obrera. De esta manera, en el paso del taller artesanal a la fábrica, indispensable para la industrialización, se sacrificó el carácter de espacio de formación del primero, papel que empezaron a cumplir ahora las recién creadas Escuelas de Artes y Oficios (MAYOR; QUIÑONES, BARRERA et ál., 2014).

Estas instituciones educativas, muchas de ellas lideradas por comunidades católicas, permitieron mantener la enseñanza de los oficios al impartir una educación sistemática que promovió adelantos técnicos en nuestro país. Este importante papel de centros de formación de mano de obra obrera cualificada fue perdiendo fuerza desde mediados del siglo XX, cuando muchos de ellos terminaron por convertirse en centros de rehabilitación de individuos excluidos de la vida social y económica, y otros, simplemente, cerraron sus puertas. Finalmente, con la creación en 1957 del Servicio Nacional de Aprendizaje, SENA, el Estado colombiano se compromete con la capacitación de mano de obra a partir de las necesidades del sector empresarial. Sin embargo, la enseñanza de muchos de los oficios tradicionales se deja de lado, al no ser requerida por el empresariado, y la alta demanda lleva a elaborar programas de formación uniformes para todo el país sin tener en cuenta, muchas veces, las características propias de cada región, ni sus vocaciones culturales.

En 1992, y a través del Programa de Preservación del Patrimonio de la entonces Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, AECID, se decidió implementar en Colombia el Programa de Escuelas Taller. Este proyecto tuvo como finalidad en dicho país, a partir de 1985, constituir centros de trabajo y formación en los que jóvenes desempleados podían recibir formación profesional ocupacional y, de manera complementaria, desarrollar una práctica profesional en una obra real vinculada con el rescate del patrimonio cultural construido.

Mediante acuerdos firmados por los Ministerios de Asuntos Exteriores y de Cooperación y de Trabajo y Seguridad Social entre 1991-1995 y 1998-2008, se decidió apoyar la creación de escuelas taller en Latinoamérica. Se mantuvieron las mismas características de las escuelas taller españolas, pero se hizo énfasis en el rescate de oficios relacionados con la recuperación del patrimonio cultural construido mueble e inmueble, en un proyecto que tenía como objetivo la formación de jóvenes para su futura inserción en el mercado laboral.

En Colombia la primera escuela taller se abrió en Cartagena de Indias en 1992, luego siguió Popayán en 1995, Santa Cruz de Mompox en 1996 y Bogotá en 2006. Con el fin de apoyar el sostenimiento de estos centros y la creación de otros nuevos, el gobierno nacional en cabeza del Ministerio de Cultura lidera desde 2009 el Programa Nacional de Escuelas Taller de Colombia: Herramientas de Paz. Se encuentra apoyado por el Servicio Nacional de Aprendizaje, SENA; la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, AECID; la Corporación Andina de Fomento, CAF; y la Organización Internacional para las Migraciones, OIM. Para 2014, además de las escuelas taller mencionadas, funcionan otras en las poblaciones de Salamina, Barichara, Tunja y Buenaventura.

En alternar la formación teórica con la experiencia práctica radica la eficiencia de este proyecto que recupera la tradición de los oficios, al tiempo que permite que muchos jóvenes colombianos encuentren una alternativa en el conocimiento ancestral de trabajar con las manos, como de hecho lo hacían con gran dignidad nuestros antepasados.

La Fundación Escuela Taller de Bogotá, FETB, fue creada con el apoyo de la Alcaldía Mayor de Bogotá, en cabeza de la Corporación la Candelaria (actual Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, IDPC), el SENA y el Ministerio de Cultura. Adicionalmente y con el fin de tener una participación de entidades privadas se vinculó al proyecto la Asociación de Amigos de la Escuela Taller de Bogotá, que reúne principalmente dueños de restaurantes de la ciudad.

Esta entidad capacita de manera completamente gratuita a jóvenes entre 18 y 25 años pertenecientes a poblaciones socialmente vulnerables en oficios tradicionales como construcción, carpintería, cocina, luthería, manufactura teatral y guianza turística. Emplea para este fin un sistema pedagógico en donde se alterna la capacitación teórica con la práctica siguiendo el lema de “aprender haciendo”, que caracteriza al programa de escuelas taller. Con esta manera de trabajar, la FETB ha logrado restaurar sus sedes con los jóvenes aprendices de los talleres de construcción y carpintería, al tiempo que los becarios de cocina preparan la alimentación y los futuros guías de la ciudad les enseñan a aprender y valorar la historia, el patrimonio y los sitios más emblemáticos de Bogotá. Para 2015, 499 jóvenes se han certificado como técnicos laborales en la FETB y más de 12.000 personas se han capacitado en los diferentes cursos que anualmente se abren a todos aquellos interesados en aprender un oficio.

EL PROYECTO EDUCATIVO Y SOCIAL

El diseño del proyecto educativo busca que el *pénsum* de la escuela trascienda la enseñanza misma del oficio que se quiere recuperar y dignificar. Por esa razón, los conocimientos específicos en los que el estudiante se enfrenta a su trabajo a través de la experiencia práctica del taller se ven enriquecidos por materias que se han denominado como transversales, complementarias y básicas. Éstas conforman el núcleo humanista de la formación en la escuela que incluye la enseñanza de la historia del oficio seleccionado, así como dota al aprendiz de las herramientas para poder expresarse gráficamente a través del dominio del dibujo técnico y artístico. Entre las materias complementarias se incluye el módulo empresarial indispensable para que algunos de los aprendices lideren y conformen sus propios negocios, y las clases electivas que amplían sus conocimientos sobre el mundo, la ciudad y su entorno más inmediato. Materias como Hacemos ciudad, Hacemos la

Talleres de manufactura teatral,
luthería y construcción

casa, Diseño participativo o Cine, han logrado que los estudiantes refuercen su papel como actores de cambio no sólo en la escuela sino en sus barrios y en sus propias viviendas. Finalmente están las materias básicas que cuentan con un área destinada a la construcción ciudadana, a la formación social que incluye su proyecto de vida y a generar conciencia sobre el ambiente. Es en este módulo donde también se le recuerdan al estudiante sus derechos civiles y constitucionales y se le enseñan las herramientas básicas de negociación en un conflicto: el diálogo y el compromiso que acompañan cualquier acuerdo.

En el desarrollo del proyecto educativo participa, dentro de sus posibilidades, el cuerpo administrativo de la escuela, que, dependiendo de su formación, tiene la responsabilidad de dictar algunas de estas materias. Esta decisión ha permitido que todos nosotros vivamos familiarizados con los estudiantes. Así mismo, hemos aprovechado la oportunidad de estar situados en el centro histórico de Bogotá, donde funcionan 13 universidades, para que pudieran pasar por nuestros salones distinguidos profesores universitarios que han asumido con responsabilidad la enseñanza de su cátedra y han elevado el nivel educativo de la escuela. Muchos de ellos se han sumado al proyecto de Banco de tiempo, donando su tiempo y compartiendo sus conocimientos. También, hemos logrado que estudiantes universitarios próximos a graduarse realicen pasantías en la escuela y se encarguen de manera gratuita de la enseñanza de cursos de matemáticas, lenguaje o inglés.

Casa Venados

LAS CASAS VENADOS E IREGUI Y EL EDIFICIO N.º 5

Uno de los momentos más emocionantes vividos en la escuela tuvo lugar el día en que finalmente el Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, IDPC, entidad responsable de la gestión patrimonial de Bogotá, el 1 de agosto de 2007 entregó la sede en comodato de las casas Venados e Iregui. Antes de tener estas sedes, la escuela funcionó temporalmente en otro inmueble conocido como la casa Tito. Desde que recibimos esta casa nos dedicamos a aplicar el lema de "aprender haciendo" y pudimos centrar todas nuestras energías en poner en marcha el proyecto de readecuación de este inmueble. El proyecto de intervención de esta casa había quedado inconcluso y abandonado por más de diez años, con sus consiguientes consecuencias físicas y estructurales, y nuestro reto era recuperarlo por completo.

Cuando nos entregaron la casa, ésta no contaba con servicios públicos ni con ningún espacio apto para la celebración de clases de ningún tipo. Sin embargo no nos importó. Estábamos tan contentos con la posibilidad de poder modificar ese lugar que cada inconveniente nos pareció un desafío. Tuvimos que obtener tanto el agua como la electricidad de la casa Iregui, inmueble vecino. Discutimos mucho sobre la calidad del material que se debería usar en los cerramientos y consideramos que debíamos buscar una solución económica, por eso se concluyó que utilizaríamos divisiones en madera aglomerada, comúnmente conocida en Colombia como "tríplex".

Una vez obtenida la debida autorización del Instituto Distrital de Patrimonio Cultural para adelantar los trabajos de readecuación de acuerdo a los nuevos lineamientos definidos por el taller de diseño, se pusieron en marcha los trabajos con los alumnos de carpintería y construcción, que culminaron completamente en 2010.

La casa Iregui fue la tercera sede de la escuela que nos fue entregada en comodato conjuntamente con la casa Venados en agosto de 2007. En el proyecto original para este inmueble de dos pisos, se esperaba que, en el segundo nivel, funcionara el área administrativa de la escuela y, en el primer piso, un restaurante para los alumnos. En la medida en que el taller de cocina y el restaurante de la escuela quedaron situados en la casa Venados, el proyecto de restauración de la casa Iregui ofreció una oportunidad única para adelantar el primer proyecto productivo de la escuela. El nuevo programa para la casa Iregui se puso en marcha de manera conjunta con la Asociación de Amigos de la Escuela Taller, e incluyó un restaurante, una panadería y una tienda de la escuela en el primer piso de esta casa. En el segundo se ha dejado un área cultural con varias salas de exposiciones.

Finalmente, en 2010 recibimos en comodato del Instituto Nacional de Vías, INVIAS, el edificio n.º 5 de la antigua estación del ferrocarril de La Sabana,

proyecto de recuperación que lideramos con nuestros estudiantes, permitiéndose que allí se acomodaran los talleres de construcción y manufactura teatral, así como las empresas de construcción, carpintería y el taller editorial.

UNA FUNDACIÓN CREA UNA EMPRESA

La Fundación Escuela Taller de Bogotá desde su inicio tuvo varios determinantes que la diferenciaron de las demás escuelas taller que entonces existían en el país. En primer lugar, se nos anunció que el apoyo recibido a través de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo sólo se prolongaría hasta el año 2013, y que por esa razón teníamos un plazo de siete años para lograr sustituir el aporte económico recibido de parte de la AECID por otro local, o estar en capacidad de generarlo por nuestros propios medios. El aporte de la Agencia, en ese lapso, se disminuiría de manera proporcional hasta desaparecer por completo.

Así, uno de los primeros retos que tuvimos que enfrentar consistió en lograr generar los recursos económicos suficientes para financiar la nómina básica de personal, no el coste de las becas que podían obtenerse por otros medios. A esta conclusión llegamos tras dos años de presentar diversos proyectos de apoyo ante entidades tanto nacionales como internacionales que, por lo general, se mostraron reticentes al momento de asumir el valor de nuestra nómina. Por esa razón, el reto consistía en preguntarse: ¿cómo lograr hacer autosuficiente una escuela, sin cobrar matrícula a sus estudiantes? Muchas personas nos recomendaron tocar las puertas del sector privado y así lo hicimos. Luego de visitar varias empresas, descubrimos con sorpresa que todas ellas tenían su propia fundación, a la que apoyaban, y difícilmente se mostraban interesados en destinar sus recursos económicos a otras causas. Eso nos llevó a concluir que si una empresa creaba una fundación, nosotros podíamos ir en sentido contrario y, como ya teníamos la fundación, ahora sólo nos faltaba crear nuestra propia empresa. En 2010 fundamos la primera de ellas que se dedica a ofrecer servicios de construcción y carpintería; dos años más tarde otra dedicada a la cocina, y el año pasado nuestro taller editorial.

Los egresados de cada taller tienen la oportunidad de vincularse a estas empresas, cuyo propietario es la Cooperativa escuela taller, de la que somos socios todos los empleados y graduados que se vinculan laboralmente en cualquiera de estos proyectos productivos. Somos conscientes que el futuro empresarial y productivo de la escuela sólo es posible si logramos vincular en él a los egresados de la escuela. En la actualidad generamos desde las empresas el 80% de los costes administrativos de la escuela y vinculamos laboralmente al 20% de los que han estudiado en ella.

Restaurante y alumnos de los talleres de construcción y de cocina

Taller de baile. Competencias humanas

COMPETENCIAS HUMANAS

La población socialmente vulnerable que capacita la FETB está constituida por jóvenes que han estado vinculados a grupos al margen de la ley, que han sido desplazados por la violencia, o simplemente por adolescentes que terminaron sus estudios secundarios y por diversos motivos no pudieron ingresar en la universidad. En términos generales, es una población que tiene una baja autoestima que la hace propensa a abandonar cualquier proyecto ante el primer inconveniente que se presente o que por abusos y maltratos se relaciona en ocasiones con dificultad con sus compañeros y profesores. En los primeros años de la FETB, por estas causas, los índices de deserción eran altos y se estudiaron varias alternativas para reducirlos, entre ellas se contrató el apoyo de una psicóloga que realizaba consultas personalizadas. Sin embargo, al final de esta experiencia no se alcanzaron las metas propuestas. Este hecho se sumó al informe inicial de los empleadores sobre la primera generación de egresados que en términos generales, si bien exaltaron la actitud y buena disposición de nuestros muchachos, nos

hicieron varias sugerencias. Entre ellas, pidieron que fueran más puntuales, que miraran a los ojos cuando hablaban o que tomaran de una manera más constructiva las observaciones que se les hacían.

Este informe coincidió con la formulación de un proyecto ante la Comisión Europea, en compañía de la fundación la Quinta Porra, para la puesta en marcha de un taller de manufactura teatral o elaboración de escenografías. En Bogotá se celebra el Festival Iberoamericano de Teatro y descubrimos que muchas compañías invitadas preferían traer las escenografías construidas desde sus países de origen que confiar en la mano de obra local. Tal situación encarecía los costes de producción del festival y se presentó como una gran oportunidad laboral. La llegada de un grupo de personas vinculadas con el teatro a la escuela, familiarizados con talleres de expresión oral y corporal, nos hizo pensar que quizá esa era la herramienta que necesitábamos para fortalecer las debilidades que ya habíamos identificado en nuestros alumnos. A esta nueva área de la escuela la bautizamos como Competencias humanas. Consistía en lograr, a través por ejemplo de clases de baile, que los alumnos sean puntuales. Para bailar usualmente se necesita pareja y si uno de los miembros no llega, tanto su compañero como el grupo de baile se molestan. Aquí la puntualidad es esencial. En ocasiones es más fácil decir lo que se piensa interpretando a un personaje que siendo uno mismo, fue así como el teatro llegó para quedarse en la escuela. Aprender a moverse y a mirar a los ojos fue otro logro del taller de expresión, al que deben asistir los estudiantes de los talleres de cocina, carpintería o construcción. Aún seguimos experimentando con otras actividades como torneos deportivos, visitas por el centro histórico donde entramos a museos y exposiciones o con talleres de equilibrio en la cuerda de *slackline*.

Las competencias humanas específicamente buscan desarrollar en los estudiantes las aptitudes cognitiva, emocional, motriz, social, artística y creativa, entre otras. Este es un factor que diferencia nuestra escuelas taller de otras instituciones de formación técnica semejantes.

INNOVACIÓN Y TRADICIÓN

Uno de los desafíos que enfrenta la escuela taller de Bogotá consiste en lograr posicionar un nombre que le permita competir con trabajos de calidad y excelencia que puedan ser comercializados.

Para lograr este fin, desde el inicio de la escuela se conformó el taller de diseño, hoy oficina de Proyectos especiales, cuyo fin esencial consiste en asegurar un alto nivel de diseño en las obras y en los objetos que se producen en la escuela taller, pero cuya inspiración se encuentra arraigada en la tradición.

Desde este área se han concebido las propuestas de intervención de las sedes de la escuela, hasta los muebles y objetos, así como los ejercicios académicos de cada taller. Se prestan asesorías a entidades estatales en trabajos de puesta en valor de plazas de mercado, espacios públicos y unidades productivas. Se caracteriza por el trabajo interdisciplinario y los talleres de diseño participativo.

NOCIÓN DE DESARROLLO: TERRITORIO E IDENTIDAD

A lo largo de la segunda mitad del siglo XX y en lo que va corrido del XXI, a muchos de los países de América Latina, Asia y África se les ha recomendado que sigan un modelo de desarrollo que en su momento se promocionó como una alternativa para cerrar la distancia que existía entre estas naciones y el denominado primer mundo. Como bien anota el antropólogo colombiano Arturo Escobar, ésta ha sido una propuesta inusitada desde un punto de vista antropológico al buscar "la transformación total de las culturas y formaciones sociales de tres continentes de acuerdo con los dictados de las del llamado primer mundo. Se confiaba en que, casi por fíat tecnológico y económico y gracias a algo llamado planificación, de la noche a la mañana milenarias y complejas culturas se convirtieran en clones de los racionales occidentales de los países considerados económicamente avanzados" (ESCOBAR, 2012: 49).

Es claro, como lo expone Escobar en su libro *La invención del desarrollo*, que el experimento del "desarrollo" en estos años pasó del sueño y la esperanza a la pesadilla al no haber logrado solucionar, a pesar de más de medio siglo de recetas de crecimiento económico, los múltiples problemas socioeconómicos de nuestros países que siguen sufriendo por la violencia, la pobreza y el deterioro social y ambiental.

En un escenario como el descrito anteriormente, la siguiente pregunta que habría que formularse es sobre cuál debería ser el camino a seguir en medio de un contexto globalizado, que sin atentar con el medio ambiente, permitiera beneficiar a un sinnúmero de personas que siguen viviendo al margen de la actividad económica y cultural en muchas de las áreas periféricas de nuestras ciudades o en la mayoría de las poblaciones pequeñas e intermedias colombianas. Reformular esta nueva ruta posterior al "desarrollo" implicará la reinvención de prácticas sociales que, sin dejar de beneficiarse de los adelantos tecnológicos y científicos, puedan vincularse con los procesos sociales, económicos, culturales o políticos propios de cada región en donde se podrían encontrar alternativas que deberían ayudar a superar los problemas socioeconómicos que afectan a la mayor parte de la población. En esta defensa de lo local como prerrequisito para vincularse con lo global, sin duda el patrimonio cultural y la difusión y enseñanza que de él se hace desde la escuela taller tienen mucho que aportar.

Diseño y adecuación de inmuebles

Después de Siria, Colombia en 2014 es el país con el mayor número de desplazados, según datos de la Acnur, pero con una gran diferencia según las bases de datos. Al decir del representante de Acnur en Colombia, Stephane Jaquemet, la situación es inversamente proporcional, pues en Colombia un 95% de los desplazados son internos, mientras que en Siria más del 90% está fuera del país (GUTIÉRREZ ROA, 2014). La migración del campo a la ciudad fue la constante en Colombia a lo largo del siglo XX cuando pasamos de ser un país rural y nos convertimos en un país urbano. A juzgar por los datos anteriormente mencionados y mientras nuestro país siga viviendo en medio de un conflicto interno, esta parece que será la constante en el siglo XXI. Sin embargo, el proceso de paz que se realiza con la guerrilla en La Habana (Cuba) hace soñar con un pronto acuerdo y con la posibilidad de un país del posconflicto. A pesar de ello, la falta de oportunidades y las pocas opciones laborales en el campo seguirán incitando a los habitantes rurales a migrar a la ciudad.

Taller de torno

Taller de cocina de Buenaventura

Con este panorama, creemos que el proyecto de las escuelas taller, al alternar la formación teórica con la experiencia práctica, podría usarse para vincular a las comunidades de regiones con baja presencia estatal y reclutamiento en grupos armados al margen de la ley por falta de oportunidades laborales, en la recuperación de su patrimonio cultural inmaterial vinculado con la cocina tradicional y objetos artesanales o en la construcción de sus equipamientos básicos como vivienda, escuelas, hospitales o espacios públicos al tiempo que se les capacita en el proceso en donde al terminar la obra pueden ser certificados como albañiles, carpinteros, plomeros o electricistas.

En este sentido, nuestra primera experiencia fuera de Bogotá consistió en apoyar la creación de la escuela taller de Barichara. Al poco tiempo de iniciar las labores de la escuela en Bogotá, recibimos la invitación de Dalita Navarro, esposa del ex presidente de Colombia Belisario Betancur, para que colaboráramos en la puesta en marcha de una escuela semejante en esa población. El proyecto se pensaba adelantar en una antigua casa con muros de tapia pisada que poseía un amplio salón con acceso hacia la calle, así como un ventilado corredor protegido por pies derechos de madera situado en la parte posterior del predio y que se abría sobre un patio asfixiado por el concreto. En el extremo de este patio se erigía una construcción escolar de un piso de altura coronada por tejas de asbesto cemento y que estaba definida por muros de ladrillo. La rigidez de esta arquitectura había tratado de mitigarse por los antiguos estudiantes con dibujos infantiles que invocaban a varios personajes de Walt Disney que aparecían dibujados a lo largo de todos sus muros. Durante todo el proceso de construcción de la nueva sede, el taller de diseño tuvo la oportunidad de poner en práctica varios de sus principios regidores al introducir el uso de materiales del lugar e interpretar las técnicas constructivas tradicionales. En esa medida, los muros en mampostería de ladrillo fueron reemplazados por otros en tapia pisada, el techo en asbesto cemento dio paso a uno de esterilla de guadua protegido

Taller de construcción

Taller de carpintería de Buenaventura

por tejas de barro y el cemento del patio desapareció para permitir nuevamente que crecieran árboles, flores y césped. Se trazó también un corredor cubierto que le dio unidad a toda la sede y se introdujeron escaleras y rampas. Repetimos el ejercicio en Tunja, capital del departamento de Boyacá, en la antigua sede del claustro de las hermanas clarisas cuya escuela taller empezó a funcionar en 2010.

Las dos anteriores escuelas taller se crearon en centros históricos fundados en los siglos XVI y XVIII con una clara riqueza urbana y arquitectónica. Sin embargo, en 2012 decidimos apoyar la creación de una escuela en Buenaventura, un puerto marítimo sobre el Pacífico que no aparecía en ningún mapa patrimonial material pero sí dentro de la crónica roja de nuestro país, al contar con uno de los índices de violencia más altos de Colombia. Un 63% de desempleo, sumado a una baja presencia estatal, altos índices de miseria y un narcotráfico rampante constituyen un cóctel letal. Sin embargo, la riqueza con la que cuenta desde un punto de vista patrimonial inmaterial es inmensa. Sus expresiones musicales, el baile y la cocina son insuperables y poco reconocidas. Crear una escuela para fortalecer el sentido de identidad de este lugar y al mismo tiempo generar opciones laborales para sus habitantes fue nuestro reto. Con el apoyo de instituciones como el Ministerio de Cultura, CAF, OIM (USAID) y la Cámara de Comercio de Buenaventura, entre otras, la FETB lideró la creación de la escuela taller de Buenaventura que funciona en la antigua estación de ferrocarril con una capacidad inicial para 70 alumnos, en donde se imparten clases de carpintería con énfasis en elaboración de instrumentos musicales; de construcción con la pretensión de recuperar la arquitectura tradicional en madera; y de cocina para fomentar el conocimiento de la cocina del Pacífico. Ahora esperamos replicar esta experiencia en zonas afectadas por el conflicto, proyecto que cuenta con el apoyo del presidente Juan Manuel Santos y que busca crear 4 nuevas escuelas taller entre 2014 y 2018.

PUESTA EN VALOR

El filósofo colombiano Nicolás Gómez Dávila (1913-1994) en sus Escolios a un texto implícito escribió que “toda restauración se engaña a sí misma pensando que reparar el cuerpo resucita el alma” (GÓMEZ DÁVILA, 1986: 66). Para evitar que esto suceda en las intervenciones que realiza la escuela taller decidimos desarrollar una estrategia que hemos denominado: puesta en valor. Esta es una actividad que incorpora varias acciones que buscan la recuperación del patrimonio cultural desde una aproximación integral, que evita lecturas parciales que se centren únicamente en sus manifestaciones físicas o inmateriales, por esta razón, al tradicional proceso de restauración de un inmueble o la valoración de una manifestación cultural, la puesta en valor incluye aspectos ambientales, formativos, turísticos, administrativos, culturales, económicos, técnicos y arquitectónicos, entre otros, que se enumeran a continuación:

> Formativo: el proceso de recuperación se pone en marcha bajo el principio educativo que caracteriza a las escuelas taller de “aprender haciendo”, que permite capacitar a un grupo poblacional del lugar donde se realiza la intervención, preferiblemente jóvenes entre 18 y 25 años pertenecientes a poblaciones socialmente vulnerables, en oficios técnicos tradicionales relacionadas, entre otros, con la construcción, carpintería y cocina.

Asimismo y con el fin de vincular a la población del lugar con la intervención, durante el tiempo que ésta tarda, se realizan visitas públicas guiadas con el fin de explicar sus avances, así como sus particularidades técnicas, estéticas, arquitectónicas o históricas.

> Turístico: se estudian los valores culturales con que cuenta el bien intervenido y se desarrolla una propuesta para su posicionamiento turístico.

> Económico: se elaborara un modelo económico que asegure la sostenibilidad del bien cultural intervenido.

> Administrativo: se diseña una figura jurídica y administrativa que se encargue de la administración del bien cultural intervenido.

> Arquitectónico: se actualiza y adapta el diseño arquitectónico del inmueble, a las necesidades que se identifiquen a lo largo del proceso de recuperación.

> Ambiental: se utilizarán preferiblemente materiales de la región y en el diseño se tienen en cuenta determinantes medioambientales.

El primer lugar donde la escuela taller de Bogotá ha podido empezar a poner en práctica una puesta en valor que incluye los puntos anteriormente men-

cionados ha sido en la antigua estación de La Sabana. Este es un conjunto patrimonial conformado por la sede principal, un edificio neoclásico diseñado por el ingeniero inglés William Lidstone entre 1913 y 1917. Un fragmento de la antigua sede del ferrocarril del Sur (1925), diseñado por Pablo de la Cruz y demolido parcialmente en 1953 con la ampliación de la actual Calle 13, antigua Avenida Colón. El edificio n.º 5, levantado a finales de la década de los años 30 del siglo XX, la casa del ingeniero y el antiguo taller de los ferrocarriles que data de 1913. Estos inmuebles se encuentran situados en un globo de terreno que cuenta con un área de 93.000 m^2 en pleno centro de la ciudad, en la localidad de Los Mártires. Esta es una localidad que cuenta con 98.000 habitantes, muchos de ellos pertenecientes a los estratos socioeconómicos más bajos.

Estación La Sabana. Fachada e interior

La experiencia de la FETB en la estación de La Sabana se inició en 2009 cuando el taller de construcción ayudó a levantar varios de los muros perimetrales que se habían caído. A raíz de esta buena experiencia, el Instituto Nacional de Vías, INVIAS, responsable del mantenimiento del conjunto de la estación, a donde no llegan trenes desde 1991, le encargó a la FETB el mantenimiento del edificio principal. Al finalizar este trabajo y viendo que el edificio n.º 5 estaba abandonado y sin uso, se le solicitó oficialmente a esa entidad que lo cediera en comodato. El convenio se firmó el 31 de diciembre de 2010. A partir de ese momento se inició el proyecto de recuperación de esta edificación en donde se situó el taller SAS de la FETB, una empresa de construcción diseñada para la generación de ingresos económicos para asegurar su sostenimiento y los talleres de construcción y manufactura teatral. Este último se puso en marcha a partir de una propuesta que se le presentó a la Comisión Europea en asociación con la fundación La Quinta Porra, a cargo del conocido director de teatro colombiano, radicado en Suiza, Omar Porras.

El proyecto de recuperación del edificio n.º 5 se inició con recursos económicos provenientes de INVIAS y de la Comisión Europea. Con el dinero recibido de estas instituciones se pudo restaurar el primer piso que tiene un área de 1.000 m^2. El plan de ejecución se terminó en 2011. En ese año se recibió un segundo apoyo de INVIAS y se iniciaron los trabajos de recuperación del segundo piso, que tiene también 1.000 m^2. A comienzos de 2011 Mariana Garcés Córdoba, Ministra de Cultura visitó el lugar y se mostró interesada en apoyar esta iniciativa desde el Ministerio. Fue a ella a quien apoyó que, en el marco del proyecto de ampliación del teatro Colón y ante la incapacidad de poder albergar en ese lugar el taller de escenografía, se construyera uno nueva en el predio aledaño al edificio n.º 5. Al tomar esta decisión y con el fin de asegurar el área donde se construiría este nuevo inmueble, la ministra de cultura convocó una reunión con su homóloga del Ministerio de Transporte y con el Director General de INVIAS y se les manifestó el interés de que el comodato pasara a nombre del Ministerio de Cultura y se solicitó ampliar el

Taller de circo

área solicitada. Este trámite se prolongó a todo lo largo de 2013 y finalmente, a comienzos de 2014, en marzo, se oficializó. Al comodato del edificio n.º 5 que tenía la FETB se le incorporaron la casa del ingeniero y la antigua estación del Sur, esta última con 1.500 m^2 adicionales de área construida y una franja de terreno de 15.000 m^2.

Durante el proceso de negociación, se entró en contacto con la Fundación Circo para Todos, radicada en Cali pero que tenía una firme intención de abrir un nuevo espacio de capacitación en Bogotá y convertirse en esta ciudad en la Escuela Nacional de Circo. Este proyecto, apoyado por el Ministerio de Cultura, se incorporó con su carpa a la antigua estación y con la escuela taller se inició el proyecto ArteViva La estación de La Sabana. Un lugar de capacitación en oficios técnicos y artísticos tradicionales que busca no sólo recuperar este lugar olvidado de la ciudad, sino restaurar la relación entre éste y los habitantes de sus alrededores. Funcionará así mismo como una sede alterna al teatro Colón, con funciones a precios más módicos.

REIVINDICACIÓN DEL OFICIO

En Colombia, a diferencia de otros países como Suiza o Alemania, la formación técnica o profesional se encuentra subordinada a la formación educativa tradicional que pasa por la universidad. De esta manera, los títulos de técnico y tecnólogo están situados en la base de la pirámide formativa por debajo de cualquier carrera universitaria. Es claro que este es un error que debería enmendarse porque son dos tipos diferentes de formación y que una persona debería tener la opción de elegir al momento de terminar su educación secundaria. Es evidente que la formación profesional conocida tam-

Taller de manufactura teatral

bién como Vocational Education Training, VET, en el mundo desarrollado se ha estructurado como una ruta de aprendizaje a lo largo de la vida que tiene autonomía con respecto de la ruta de la educación tradicional. Esta es una tarea que aún está pendiente en Colombia, así como el establecimiento de los puentes que comunicarían las dos rutas de aprendizaje de tal forma que puedan complementarse.

A pesar de que es una tendencia mundial separar la formación profesional de la educación tradicional, Colombia insiste en mantener una sola estructura en la cual la formación profesional, como ya se mencionó, se encuentra subordinada y tradicionalmente se asume como una "opción para pobres" que no pueden acceder a la educación universitaria. Al parecer, este enfoque se origina en el hecho histórico de que las decimonónicas escuelas de artes y oficios que fueron el antecedente más directo del Servicio Nacional de Aprendizaje, SENA, estuvieron enfocadas hacia la capacitación de personas de escasos recursos. Esta situación se convierte en un serio impedimento para la capacitación técnica y artística de calidad, necesaria en un país cuyas exportaciones están constituidas principalmente por materias primas y que nos lleva a enfrentar una disyuntiva entre seguir manteniendo la estructura existente o por el contrario seguir el ejemplo de otros países. En este momento, la decisión resulta estratégica si se tiene en cuenta que Colombia se encuentra en proceso de ser admitida por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, OCDE, en un trámite que puede fracasar por completo si no se realizan los cambios estructurales en los campos de la educación y de la formación profesional en concordancia con las reformas que se han implementado en este sentido en los países que conforman esta organización. Como se anuncia en el texto La Educación Superior en Colombia: "Si Colombia desea mejorar su competitividad e incorporarse

a la OCDE, sus servicios educativos y la capacidad de investigación de sus instituciones deben cumplir con los estándares internacionales en materia de calidad de resultados" (EDUCACIÓN, 2012: 158).

Al separarse la educación profesional de la tradicional se podrían optimizar los grados o niveles de progresión propios. Es claro que este tipo de formación se inscribe dentro de un enfoque teórico práctico que podría resumirse en el "aprender haciendo" propio de la capacitación de cualquier oficio técnico o artístico. Así, los grados o niveles de la formación profesional deberían ser considerados como acumulación de aprendizajes obtenidos gradualmente a lo largo de la vida de la persona, combinando su experiencia en el trabajo con conocimientos obtenidos en otros ámbitos, y que también dan lugar a titulaciones y certificaciones de profesionalidad. Por lo tanto, las titulaciones y certificaciones se obtendrían no solamente en la formación reglada, sino también, y no menos importante, por los conocimientos acumulados por la experiencia laboral.

Las titulaciones y las certificaciones deberían por consiguiente tener una correspondencia con las jerarquías que operan en la práctica de los oficios técnicos y artísticos y con las clasificaciones de las ocupaciones. Sin embargo, estas gradaciones están generalmente construidas por instituciones gubernamentales y no por los gremios o asociaciones de artistas. En este sentido y con respecto al desempeño de los oficios, deberían considerarse los niveles que allí operan: aprendiz, oficial, maestro y maestro experto. Esta jerarquía se ha constituido históricamente, y aún persiste en la organización del trabajo fabril en Colombia. Así mismo, el título de maestro es también una designación de respeto que se le da a una persona que ya domina un oficio artístico. Es por esta razón, que además de relacionar las jerarquías antes mencionadas con los niveles de las clasificaciones ocupacionales; las titulaciones y las certificaciones deberían estar expresadas en términos de conocimientos, habilidades y competencias. A partir de estas relaciones, del campo del trabajo con el campo de la formación profesional, se deberían establecer niveles, así como titulación y certificación correspondiente con cada uno de ellos.

Sólo cuando esto suceda, se hará justicia con nuestros maestros artesanos y artistas, que como algún día lo mencionó el sociólogo Alberto Mayor Mora, puede que tengan sus cabezas duras, pero se destacan por sus dedos inteligentes (MAYOR MORA, 2003).

BIBLIOGRAFÍA

• *La **EDUCACIÓN** Superior en Colombia: Evaluaciones de Políticas Nacionales de Educación*. París: Banco Mundial, OCDE, Éditions OCDE, 2012, p. 158

• **ESCOBAR, A.** (2012) *La invención del desarrollo.* Popayán: Editorial Universidad del Cauca, 2012, p. 49

• **GÓMEZ DÁVILA, N.** (1986) *Nuevos escolios a un texto implícito*. Tomo II. Bogotá: Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura, Procultura, Presidencia de la República, 1986, p. 66

• **GUTIÉRREZ, R.** (coord.) (1995) *Pintura, escultura y artes útiles en Iberoamérica (1500-1825)*. Madrid: Manuales Arte Cátedra, 1995

• **GUTIÉRREZ ROA, E.** (2014) Como en la II Guerra Mundial. En *El espectador.* 17 de junio de 2014 [en línea] <http://www.elespectador.com/noticias/actualidad/ii-guerra-mundial-articulo-499455> [Consulta: 27/2/2015]

• **MAYOR, A.; QUIÑONES, C.; BARRERA, G. et ál.** (2014) *Las Escuelas de Artes y Oficios en Colombia (1860-1960)*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2014

• **MAYOR MORA, A.** (2003) *Cabezas duras y dedos inteligentes. estilo de vida y cultura técnica de los artesanos colombianos del siglo XIX*. Bogotá: Hombre Nuevo Editores, 2003